



Disney

365

CUENTOS



Una historia para
cada día

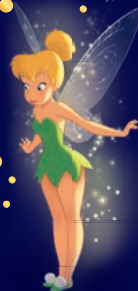




Disney

365

CUENTOS



Una historia para
cada día



© 2022 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© 2022 Disney Enterprises, Inc. y Pixar
Todos los derechos reservados

Basado en el libro *The Hundred and One Dalmatians*, de Dodie Smith, publicado por The Viking Press.

Personajes de Winnie the Pooh basados en las obras de Winnie the Pooh, escritas por A. A. Milne y E. H. Shepard.

Película *Tiana y el sapo*, copyright © 2009 Disney. Inspirada parcialmente en el libro *The Frog and the Princess*, de E. D. Baker; copyright © 2002 Bloomsbury Publishing, Inc.

Basil, el ratón superdetective está basado en la serie de libros *Basil of Baker Street*, de Eve Titus y Paul Galdone.

Los rescatadores y *Los rescatadores en cangurolandia* contienen personajes inspirados en los libros de Margery Sharp *The Rescuers* y *Miss Bianca*, publicados por Little, Brown and Company.

Playskool Rockin' Robot Mr. Mike® es una marca registrada de Hasbro, Inc. Usado con autorización.

© Hasbro, Inc. Todos los derechos reservados.

Elementos de Disney/Pixar © Disney/Pixar; no incluye vehículos subyacentes propiedad de terceras marcas: Chevrolet Impala es una marca registrada de General Motors; Jeep® y el diseño de la rejilla de Jeep® son marcas registradas de Chrysler LLC.

© de la edición española: Editorial Planeta S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-18939-97-6
Depósito legal: B. 12.656-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El día de Año Nuevo

Era el primer día del año, y Pongo y Perdita habían salido a pasear con sus humanos, Roger y Anita.

Perdita dio un suspiro de felicidad.

—Oh, Pongo, el año pasado fue maravilloso. Nos conocimos ¡y ahora tenemos quince cachorritos!

—Sí, querida, y piensa en todo lo que nos espera este año —dijo Pongo.

—¿No es increíble que los pequeños hayan aguantado hasta medianoche para recibir el nuevo año? —dijo Perdita—. ¡Y seguían despiertos cuando nos hemos ido! Espero que Nanny no acabe muy agotada.

—Sí, celebramos una buena fiesta —comentó Pongo—. Lucky se habría pasado la noche entera viendo la tele si se lo hubiéramos permitido. ¡No conozco a otro perro que le guste tanto la tele!

—Tal vez deberíamos ir volviendo a casa... —dijo Perdita.

—Supongo que sí —dijo Pongo—. Pero seguro que Nanny los está cuidando bien.

Pongo y Perdita tiraron con suavidad de las correas para hacer saber a Roger y Anita que era hora de volver a casa.

—¡Nanny! ¡Pequeños! ¡Ya estamos en casa! —exclamó Roger mientras Anita y él se sacaban las botas y Pongo y Perdita

se limpiaban las patas en la alfombrilla del recibidor. Pero nadie respondió.

—¡Pongo! —exclamó Perdita, sintiendo que le invadía el pánico—. ¿Dónde están los cachorros?

Pongo subió corriendo la escalera y se puso a buscar en una habitación tras otra. Perdita fue a mirar en la cocina.

Pongo volvió enseguida junto a Perdita, que estaba en la salita de estar al borde del llanto.

—¡Oh, Pongo! —exclamó—. ¿Dónde...?

—Espera, querida —dijo Pongo, levantando las orejas con atención.

Los dos dálmatas guardaron silencio. Y entonces lo oyeron: un suave ronquido que procedía del sofá. Allí, acurrucados entre los cojines, estaban los perritos profundamente dormidos.

—¡Acabo de encontrar a Nanny! —dijo Roger—. ¡Se ha dormido en su butaca!

Perdita estaba ocupada contando a los cachorros:

—... doce, trece, catorce. ¡Oh, Pongo! ¡Falta uno!

Pongo había ido a la habitación contigua.

—¡Está aquí, querida! —exclamó—.

Es Lucky, como no. ¡Está mirando la celebración de Año Nuevo en la tele!



La fiesta de pijamas

Piglet había ido a casa de Winnie the Pooh a celebrar una fiesta de pijamas. Tras un buen rato de diversión, llegó la hora de ir a dormir.

Piglet se tumbó en el cuarto de Pooh. Cuando apagaron las luces, vio que era mucho más oscura que la suya. Y también mucho más silenciosa.

—¿Pooh? —susurró Piglet. Pero no hubo respuesta.

De pronto, Piglet oyó un murmullo débil. El sonido fue creciendo y luego se apagó, y así una y otra vez.

«¿No es este el ruido que hacen los *héffalumps!*», se preguntó Piglet.

—¡Oh, cielos! —gritó Piglet, corriendo hacia la cama de Pooh—. ¡Levántate! ¡P-p-por favor, P-P-Pooh!

—¿Eh? —dijo Pooh, somnoliento, mientras se incorporaba. Piglet se había escondido bajo las sábanas—. ¿Por qué, Piglet? ¿Qué ocurre?

—Es ese terrible r-r-ruido, Pooh —dijo, temblando. Piglet se quedó en silencio, pero no volvió a oírlo—. ¡Qué raro! El ruido se ha parado justo cuando te has despertado, Pooh.

—Mmm... —dijo el osito. Se encogió de hombros y bostezó—. Perfecto, esto

significa que podemos volver a dormir. Buenas noches.

—Pooh... —le dijo Piglet con timidez—, ¿podríamos terminar nuestra fiesta de pijamas otro día? Es que estoy acostumbrado a dormir en mi casa.

Pooh lo rodeó con su brazo.

—Te comprendo, Piglet —respondió.

Ayudó a su amigo a recoger sus cosas, lo cogió de la mano y lo acompañó a casa.

Piglet se sintió muy feliz de estar de nuevo en su hogar.

—Gracias por entenderme, Pooh —le dijo agradecido—. Supongo que ahora querrás volver a tu casa a dormir, ¿no?

—Eso sería lo más razonable —contestó Pooh—, pero antes echaré una cabezadita.

Mientras Piglet fue a guardar sus cosas, Pooh se sentó en una silla. Y, cuando regresó... ¡volvió a oír el ruidito! No obstante, en la comodidad de su propia casa, a Piglet no le dio ningún miedo. De hecho, se había dado cuenta de que solo era el suave ronquido de un oso dormido.

—Dulces sueños, Pooh —susurró.

Piglet trepó a su cama y se quedó dormido al instante. Al final, parecía que él y Pooh estaban disfrutando de su fiesta de pijamas.



Aventura todoterreno

Un día, Mike, el micrófono, anunció:
—¡Juguetes perdidos!
¡Juguetes perdidos! ¡Se necesita ayuda!
—¿Qué ocurre? —dijo Woody.
—¡Son los soldados verdes! —exclamó Jam, el cerdito-hucha, desde el alféizar de la ventana—. Andy se los ha dejado fuera y está lloviendo. Están atrapados en el barro.
Buzz y Woody fueron corriendo hasta la ventana y miraron a través del vidrio salpicado por la lluvia.

—¿Qué podemos hacer para ayudarlos? —dijo Woody.
—¿Qué te parece si mandamos al coche R. C.? —sugirió Jam.

Buzz y Woody se montaron en R. C. El coche teledirigido arrancó, salió del dormitorio de Andy y recorrió el pasillo. Cuando llegó a lo alto de la escalera, Buzz y Woody aguantaron la respiración.

—¡Allá vamos! —exclamó Buzz mientras bajaban, rebotando, por los escalones.

—¡Ay! ¡Uf! ¡Au! —gritó Buzz.

R. C. entró en la cocina y cruzó la trampilla del perro que daba al jardín.

—¡Allí están! —dijo Woody.

—¡Situación crítica! —gritaron los soldados—. ¡Se requiere asistencia inmediata!

R. C. giró bruscamente en el suelo de tierra y aparcó junto a los soldados verdes. Woody los rodeó con su lazo y ató el otro extremo de la cuerda en el parachoques de R. C. Cuando el coche tiró marcha atrás, arrastró consigo a los soldados y los sacó del barro.

R. C. regresó por donde había venido y volvió a cruzar la trampilla del perro. Sin embargo, cuando llegó a la escalera, todos soltaron un gemido.

—¿Cómo la subiremos? —dijo Woody.

—¡Tranquilos! —exclamó Jam desde lo alto de la escalera—. Nosotros nos encargamos de ello.

Los juguetes dispusieron una vía de tren a lo largo de la escalera. R. C. empezó a subirla justo cuando la madre de Andy entraba por el camino de acceso a la casa. Los juguetes llevaron rápidamente las vías de nuevo a la habitación de Andy y las guardaron en su sitio.

—¡Por poco! —dijo Woody—. Pero creo que lo hemos hecho bien. La madre de Andy jamás sospechará nada.

Poco después, abajo, la madre de Andy se rascó la cabeza.

—¿De dónde habrá salido todo este barro? —murmuró.



Haciendo el mono

En medio del bullicio del bazar de Agrabah, Aladdín exclamó:
—¡Vamos, Abú!

Pero su amiguito apenas lo oyó. Desde una percha situada en lo alto del puesto del vendedor de cestas, Abú miraba fascinado a otro mono.

Abú acababa de descubrir que el mono lo estaba espiando desde detrás del carro del frutero, así que bajó del puesto de cestas y fue corriendo a saludarlo.

Sin embargo, el otro mono se escabulló, se escondió tras una rueda del carro y, desde allí, volvió a espiarlo.

Abú miró a su alrededor, tratando de pensar en un modo de hacerlo salir.

Como el frutero estaba distraído, Abú saltó a su carro y cogió una manzana. Se la puso en la cabeza y la aguantó en equilibrio. Rápidamente se asomó al borde del carro y miró abajo, esperando llamar la atención del mono. Entonces, oyó un parloteo a sus espaldas. Se dio la vuelta y se encontró con que el mono estaba al otro lado del carro de frutas, aguantando también una manzana sobre la cabeza.

Abú cogió una pera y una naranja, y empezó a hacer juegos malabares con ellas, esperando divertir a su «rival».

Para no ser menos que Abú, el mono también cogió una pera y una naranja y se puso a hacer lo mismo.

Inmediatamente, Abú se agarró al toldo del carro, se puso cabeza abajo y se columpió colgado de la cola. ¡Y el otro mono volvió a copiarlo!

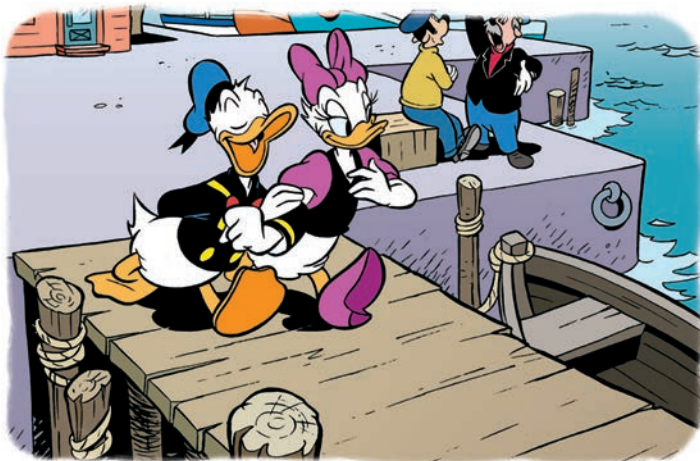
Abú se estaba divirtiendo mucho, pero de pronto se le ocurrió hacer algún truco que el otro mono no supiera hacer. Observó a su alrededor y vio que Aladdín se acercaba a él.

Entonces, tuvo una idea. Bajó de un salto del carro del frutero, fue corriendo hacia Aladdín, trepó por su cuerpo y se acomodó encima de su cabeza.

El otro mono miró a Abú muy sorprendido. El humano que él tenía más cerca era el frutero.

Lanzándose a la piscina, el mono echó a correr hacia el vendedor. Pero, cuando apenas había trepado hasta su cintura, el hombre se lo sacó de encima.

El mono se escondió detrás del puesto de cestas. De brazos cruzados y haciendo una mueca, vio como el taimado Abú se reía y le decía adiós con la mano mientras se alejaba montado sobre la cabeza de Aladdín.



Donald alza el vuelo

Un bonito día de primavera, el Pato Donald le dijo a Daisy: —Tengo una sorpresa para ti: he ido a clases de vuelo.

—¡Vaya! ¡Pues sí que me has sorprendido! —exclamó ella.

Donald llevó a Daisy a un aeropuerto cercano. En la pista los esperaba una vieja avioneta con los asientos descubiertos. Los dos se montaron en ella, y Donald puso en marcha el motor.

—¿Sabes hacer piruetas aéreas? —le preguntó Daisy.

—¡Claro! —respondió Donald, y dio un giro completo en el aire.

—¡Eres muy buen piloto, Donald! —exclamó Daisy, aplaudiendo.

Donald se sentía tan orgulloso que decidió volar por encima del mar. No obstante, al cabo de poco el motor del avión empezó a petardear y echar humo.

—Oh-oh... —dijo Donald mientras el avión perdía altura.

—¿Ocurre algo? —preguntó Daisy.

Donald sabía que se estaban quedando sin combustible, pero no quería alarmar a Daisy.

—Todo va bien, Daisy —le respondió bastante nervioso.

Miró hacia abajo y vio que algo flotaba en el agua. ¡Parecía una pista de aterrizaje! Pero ¿cómo podía haber una pista en medio del océano? El avión cada vez estaba más cerca del agua, y Donald entendió que solo le quedaba una opción para evitar el desastre: aterrizar en la pista flotante.

Sin embargo, no tardó en percatarse de que no era una pista de aterrizaje, ¡sino la cubierta de un transatlántico!

—¿Es un pájaro? ¿Es un avión? —gritó uno de los pasajeros.

Donald pasó por encima de sus cabezas y aterrizó en la larga y ancha cubierta.

—¡Pues es un pájaro en un avión! —exclamó otro pasajero.

Justo entonces, se oyó un anuncio por megafonía:

—Buenas tardes, señoras y señores. ¡La cena está servida!

Donald ayudó a Daisy a bajar de la avioneta. Pensaba que estaría decepcionada, pero se equivocó.

—¡Así que cenaremos en un crucero! Donald, eres una caja de sorpresas —dijo.

—Sí, así es —dijo Donald con alivio.

—¡Eres el mejor! —exclamó Daisy.

«No, no lo soy —pensó Donald—. Lo que soy es un pato afortunado».



Un día sin Pumba

Un día, Timón le estaba enseñando a Simba a cazar unos bichos muy escurridizos para desayunar.

—¡Mmm! —exclamó Timón—. Lástima que Pumba se lo esté perdiendo. No lo he visto, ¿y tú? ¡Mira! ¡Un buen ejemplar!

Timón se agazapó detrás de un árbol. Estaba a punto de abalanzarse sobre el bicho cuando...

—¡AAAHHH! —se oyó.

¡Era Pumba!, que acababa de salir corriendo de entre unos árboles y se había enredado en unas lianas. Se revolvió frenéticamente hasta liberarse, volvió a salir disparado y se estrelló justo contra Timón.

—¡Vaya! Perdona, Timón —dijo Pumba.

—¿¿Qué te perdone?! —gritó Timón.

—No ha sido a propósito...

—Nunca haces nada a propósito —se quejó Timón—. ¡Eres un desastre! Serías incapaz de cazar una mosca aunque se te metiera en la boca.

—¡No es verdad! —protestó Pumba—. Te lo demostraré.

El torpe facóquero se lanzó a por una larva, pero cayó de cabeza en un charco y dejó a sus amigos perdidos de barro.

—¡Lo ves! —gritó Timón—. ¡Estoy harto! Pumba ladeó la cabeza.

—Será mejor que me marche —dijo, adentrándose de nuevo en la espesura.

Justo entonces, estalló una tormenta.

—Timón, no podemos dejar que se vaya —dijo Simba.

Pero Timón seguía demasiado enfadado.

La tormenta pasó, y también la hora del almuerzo. Pero de Pumba, ni rastro.

—No deberías haber sido tan duro con él —dijo Simba—. Espero que esté bien.

—Seguro que sí —aseguró Timón—. Además, ha sido él el que se ha ido.

De pronto, oyeron un crujido cerca del río y ¡pam! Pumba salió disparado de la espesura, se llevó por delante a Timón y a Simba, y los tres se estamparon contra un tronco. Pumba había traído bichos para sus amigos, pero se le escaparon volando.

—¡He vuelto! —dijo Pumba—. He venido a deciros que os he echado de menos... Pero ahora mirad lo que he hecho. Soy el peor amigo del mundo.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Timón.

—Eres un amigo maravilloso y nosotros también te hemos echado de menos —dijo Simba—. ¡Bienvenido de nuevo!

—Te hemos echado de menos a ti y también a tus desastres —añadió Timón.

Pumba no pudo más que sonreír.



Una vueltecita

Un día, la princesa Kida estaba enseñando las maravillas de la Atlántida a Milo y al resto de los exploradores. El grupo decidió salir en busca de tesoros, pero Milo prefirió seguir explorando con Kida.

La princesa le hizo subir la escalera de una enorme pirámide. En lo alto, encontraron un vehículo con forma de tiburón.

—Es un Aktirak —le explicó Kida.

—¿Nos subimos? —preguntó Milo.

—Si quieres, sí —dijo Kida.

Kida utilizó un cristal que llevaba colgado del cuello para ponerlo en marcha, y los dos se montaron.

Milo apretó un botón ¡y el Aktirak salió disparado hacia el cielo! Unos segundos más tarde, lo hicieron descender hasta que rozó las olas. De pronto, un banco de peces voladores salió del agua y los rodearon. Uno le dio a Milo en la cara con una aleta y casi le hace perder el control del vehículo.

—Volvamos a tierra firme —dijo.

El Aktirak volvió a elevarse.

—¡Cuidado con esos acantilados! —le advirtió Kida.

Milo intentó maniobrar con el vehículo, pero el Aktirak ya no podía volar más alto. ¡Iban a estrellarse!

—¡La cueva! —exclamó Kida, señalando un agujero que había a un lado del acantilado

Milo hizo entrar el Aktirak en la cueva y fue esquivando las estalactitas. De pronto, vio la cabeza de un enorme pez de piedra en una pared. Tenía la boca abierta, y la luz del día se colaba por ella. Giró los mandos y el Aktirak pasó volando justo por la boca del pez. Sin embargo, la cola del vehículo rozó la figura de piedra y el Aktirak salió despedido fuera de control.

—¡Espera! —exclamó Milo.

El vehículo chocó contra un lado de la pirámide, rebotó y aterrizó en el lugar exacto en el que Kida y Milo lo habían encontrado.

Los demás oyeron la colisión y acudieron corriendo. Se encontraron a Milo y a Kida de pie al lado del vehículo volador destrozado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Audrey.

—Hemos ido a dar una vueltecita —dijo Milo.

—¿Estás diciendo que habéis volado en este cacharro? —preguntó Audrey.

—¡Así es! —dijo Milo—. ¡Pero es evidente que tengo que apuntarme a clases de conducción atlántidas!